

Rodolfo, y juzgaremos si los presentimientos de éste eran ó no fundados. Terminada esta escena diplomática bajó Rodolfo al jardín de invierno pensando durante el camino en los raros encuentros que le había proporcionado la casua-



Sara sentada al lado opuesto del enrejado que tenía oculto á Rodolfo, hablaba con su hermano en lengua inglesa.

lidad. Llegada la hora de la cena los salones estaban casi desiertos: el lugar más retirado del invernáculo era el ángulo de dos paredes que ocultaba casi entera-

mente un enorme plátano, cerca del cual se quedó entreabierta una puertecilla medio oculta en el enrejado. En aquel lugar se sentó Rodolfo, y hacía rato que estaba sumergido en profundas reflexiones cuando oyó pronunciar su nombre por una voz que le era conocida. Sara sentada al lado opuesto del enrejado que tenía oculto á Rodolfo, hablaba con su hermano Tomás en lengua inglesa. Éste, aunque era casi de la misma edad que Sara, tenía el cabello cano, su rostro daba indicios de un carácter frío pero tenaz, su lenguaje era breve, sus miradas sombrías y su voz hueca. Aquel hombre estaba atormentado por un gran pesar ó por un odio muy vivo. Rodolfo escuchó con sumo cuidado la conversación siguiente: La marquesa ha ido por un instante al baile del barón de Nervol, y felizmente no ha podido hablar con Rodolfo que la buscaba; y digo felizmente, porque siempre temo el influjo que sobre ella ejerce, á pesar de que he trabajado para destruirlo ó menguarlo, al menos. Por fin esa rival á quien siempre he temido y que más tarde podría ser un verdadero obstáculo á mis proyectos, mañana estará perdida. Oídme, porque esto es muy interesante.

— Os engañáis, jamás Rodolfo ha pensado en la marquesa.

— Tiempo es ya de que os dé algunas explicaciones acerca de este punto. Durante vuestro último viaje han sucedido muchas cosas, y como hemos de poner manos á la obra antes de lo que pensaba, esto es, hoy mismo, al salir de aquí, esta conversación es indispensable: afortunadamente no hay nadie. — Hablad.

— Estoy segura de que esa mujer antes de ver á Rodolfo no había amado, y no sé por que causa tiene una irresistible aversión hacia su marido que la adora: en esto hay un misterio que en vano he querido penetrar. La presencia de Rodolfo produce en el corazón de Clemencia mil afectos nuevos, y aunque yo sofocaba ese amor naciente, pintándole el príncipe con horribles colores, la marquesa sentía la necesidad de amar, y habiendo visto en mi casa á Carlos Robert, le causó sensación su belleza. Por desgracia ese hombre es tan necio como hermoso: yo he exagerado la nobleza de su alma, la elevación de su carácter, y como conozco la natural bondad de Clemencia, pinté á Mr. Robert como un hombre desgraciado, le encargué á él que se manifestara como dominado por la más profunda tristeza, que dejara escapar entre sus palabras, exclamaciones y suspiros, y sobre todo que hablase poco. Gracias á mis consejos, á su buena voz, á su figura, y sobre todo á su aspecto de tristeza incurable, casi ha conseguido que le amara la marquesa, la cual con esto ha puesto en juego la necesidad de amar que despertó en ella la vista de Rodolfo. ¿Lo comprendéis ahora?

— Perfectamente, continuad.

— Robert y la marquesa no se veían sino en mi casa, pues dos veces á la semana nos reuníamos los tres con la excusa del canto, y en esos días mi hombre suspiraba, decía algunas ternezas en voz baja, y

entregó dos ó tres billetes. Más miedo me daban sus escritos que sus palabras; pero una mujer siempre es indulgente con las primeras declaraciones que recibe, y á mi protegido no le perjudicaron las suyas, que en sustancia se reducían á pedir una cita. La marquesa tenía en más la severidad de sus principios que el amor, ó mejor dicho, amaba poco para olvidar los principios. Sin conocerlo ella misma, había en el fondo de su alma un recuerdo de Rodolfo, que por decirlo así, la dominaba y combatía aquella inclinación hacia Mr. Robert, que era poco más que ficticia, pero que estaba alimentada por su interés á favor de un hombre tan desgraciado, y por las exageradas alabanzas que yo hacía de él. Por fin, Clemencia, vencida por la aparente desesperación de su adorador, resolvió concederle la anhelada cita.

— ¿Y erais vos su confidente?

— Sólo me confió su afición á Mr. Robert; pero nada más, ni yo hice por saber cosa alguna; pero ese hombre enajenado de alegría, ó más bien de orgullo, me comunicó su triunfo, aunque no me dijo ni el día ni el lugar de la cita.

— ¿Cómo habéis descubierto el si

— Al día siguiente muy de mañana se puso Carlos en acecho por orden mía cerca de la puerta de Robert. Á las doce del segundo día subió nuestro enamorado á un coche de alquiler y se dirigió á la calle del Templo, situada en un cuartel obscuro de la ciudad... Apeóse delante de una mala casa, permaneció en ella cerca de media hora y luego se marchó. Carlos ocupó largo tiempo su puesto para ver si salía alguna persona después de Robert; pero nadie salió porque la marquesa había faltado á su promesa, según me dijo al otro día su mismo amante, afectado por el chasco que no esperaba. Le aconsejé que aparentase la mayor desesperación; pero aunque consiguió que Clemencia le diese otra cita, volvió á faltar á ella. Sin embargo, la última vez ha llegado hasta la misma puerta de la casa consabida... Ya veis cuánto lucha esa mujer consigo misma... ¿Y por qué? Porque Clemencia (estoy segura de ello, y es lo que me obliga á aborrecerla) conserva aún en el fondo del corazón un gran afecto hacia Rodolfo, afecto que la defiende y la protege. Finalmente, esta noche ha dado la marquesa á Robert una cita para mañana y no dejará de cumplirla. El duque de Lucenay ha ridiculizado tan groseramente á su adorador, que al verlo la marquesa tan humillado no pudo menos de concederle por lastima ó conmiseración lo que no hubiera hecho por otra causa. Repito que este vez no faltará á su promesa.

— ¿Y cuáles son vuestros proyectos?

— Carlos Robert es tan incapaz de conocer la delicadeza del sentimiento que ha dictado esta noche la resolución de la marquesa, que mañana intentará sacar partido de ella, y se perderá para siempre; porque yo sé muy bien que Clemencia se arriesga á este compromiso sin pasión, sin amor alguno. La

conozco mucho y va á la calle del Templo por un impulso de generosidad, pero muy decidida á no olvidar sus deberes. Carlos intentará aprovechar la ocasión; la marquesa le cobrará un profundo aborrecimiento; y una vez disipada su ilusión volverá á quedar bajo la influencia del amor que la inspiró Rodolfo, que arde aún en el fondo de su corazón. De esto no hay duda.

— ¿Pero veamos cuál es vuestro designio?

— ¿Mi designio? Quiero perderla para siempre en el concepto de Rodolfo, el cual no dudo que tarde ó temprano haría traición á la amistad de Harville, correspondiendo al amor de Clemencia; pero la aborrecerá y no volverá jamás á verla si llega á saber que cometió una falta de que él no ha sido cómplice: ningún hombre perdona este género de crímenes.

— Ya veo que queréis desengañar al marido, para que un rompimiento estrepitoso convenza á Rodolfo de la conducta de la marquesa.

— Y me será tanto más fácil porque, según me ha dicho Clemencia, el marqués tiene ya algunas sospechas, aunque no sabe en quién fijarlas. Es ya media noche y debemos salir del baile: iremos á un café y escribiréis al marqués de Harville que su mujer mañana ha de acudir á la una de la tarde á una cita amorosa en la calle del Templo, n.º 17. Es muy celoso, y sorprenderá á Clemencia: lo demás vendrá por sus pasos contados.

— ¡Es una acción abominable! — dijo Seyton con frialdad.

— Dejaos de escrúpulos, Tomás... Ya sé que estos medios son odiosos... ya sé que todo lo atropello por conseguir mi objeto... pero, ¿qué conducta se ha observado, conmigo?

— Mala en verdad... y por eso soy vuestro cómplice... Voy á hacer lo que me habéis indicado; pero vuelvo á decirlo, es una acción detestable.

— ¿Sin embargo, consentís?

— Porque lo creo necesario... Todo lo sabrá el marqués esta noche. Pero observad; me parece que hay alguna persona aquí, detrás del enramado, — dijo Seyton interrumpiéndose y hablando en voz baja. — Me parece que he oído...

— Mirad — dijo Sara con inquietud.

Levantóse Seyton, dió la vuelta al sitio en que estaban y no vió á nadie.

Rodolfo acababa de salir por la puerta falsa de que hemos hablado.

— Me he engañado — dijo Seyton volviendo á entrar; — no hay nadie.

— Ya me lo parecía — repuso su hermana.

— Yo creo, Sara, que la marquesa no es tan perjudicial como imagináis para la realización de vuestro proyecto, porque Rodolfo no faltará jamás á la austeridad de sus principios. Esa joven que tiene hace seis semanas en la quinta de Bouqueval, esa joven que tanto absorbe su atención, y á quien educa con esmero y visita mucho, me inspira temores más fundados. No sabemos quién

es, aunque al parecer pertenece á una clase obscura; pero su rara belleza, el disfraz que ha puesto Rodolfo para llevarla á la quinta y el vivo interés que manifiesta por esa niña, prueban demasiado que este afecto singular no carece de importancia, y esta es la razón porque he prevenido ya vuestro deseo. Para allanar este inconveniente, más real y positivo que los que imagináis, ha sido necesario obrar con suma prudencia á fin de saber el modo de vivir de las personas de la quinta, y especialmente de esa muchacha... Estas noticias se hallan en mi poder, y ha llegado el momento de obrar: la casualidad me ha deparado otra vez á la horrible vieja que me robó la cartera, y sus relaciones con gentes de la clase del bandido que nos asaltó en la calle de la Cité, nos serán muy útiles. Todo lo tengo previsto... no resultará el menor indicio ni prueba contra nosotros... Y además, si esa criatura pertenece, como es de creer, á la clase obrera, acaso preferirá nuestras ofertas á la suerte que puede haber imaginado, porque el príncipe ha guardado con ella el más riguroso incógnito... En fin, mañana decidiremos esta cuestión, y sino... ya se saldrá del paso.

— Si conseguimos vencer los dos obstáculos... entonces, Tomás, nuestro gran proyecto...

— Grandes son las dificultades, pero contigo hay posibilidad de vencerlas.

— Confesad que tendremos mucho más razón para esperar si vuestro plan se ejecuta en el momento en que el ánimo de Rodolfo se halle al mismo tiempo turbado por el escándalo de la marquesa de Harville y por la desaparición de esa niña que tanto cautiva su interés... ¿ No creéis que sería entonces el momento de persuadirlo de que la hija cuya muerte llora... vive todavía... y que entonces?...

— Silencio, Sara — dijo Seyton á su hermana; — ya vienen de cenar. Y si creéis necesario advertir al marqués de Harville la cita de mañana, marchémonos porque es tarde.

— La hora adelantada de la noche á que recibirá la noticia, le probará su importancia — repuso Sara.

Y convenido esto salieron del baile los dos hermanos.

## XVII

### LAS CITAS

Á toda costa quería Rodolfo avisar á la marquesa del peligro á que iba á exponerse y partió de la embajada sin aguardar el final de la conversación entre Sara y Tomás, ignorando por lo tanto la trama urdida contra Flor de

María y el grave riesgo que la amenazaba. Á pesar de su noble intento no pudo salvar á Clemencia, que tenía pensado al marcharse del baile entrar por un instante al menos en casa de madama de Nerval; pero sentíase tan afectada, que se retiró á su casa. Este paso lo perdió todo.

El barón de Graün, como casi todos los concurrentes al baile de la embajada estaba convidado á la reunión de madama de Nerval, y á ella le condujo inmediatamente Rodolfo á fin de que buscara á Madama de Harville para decirle, que siendo importantísimo que se vieran aquella misma noche, la aguardaría á pie en la puerta del palacio de Harville, y que se acercaría al coche para hablarle un momento. Cansado Graün de buscar á la marquesa, regresó con la seguridad completa de que Clemencia no había parecido. Este contratiempo desesperó á Rodolfo, cuyo objeto era advertir á la marquesa que no acudiera á la cita, y hacer que con esto la delación de Sara resultase una infame calumnia; pero ya era tarde: á la una de la madrugada el marqués recibió el anónimo.

Á las ocho se paseaba éste muy lentamente por su cuarto amueblado con sencillez, y sin más adorno que una colección de armas modernas, y un armario lleno de libros. La cama no había servido, y sin embargo la cubierta de seda estaba hecha pedazos: cerca de la chimenea veíanse por el suelo una silla y una mesita de ébano, sobre la alfombra mil trozos de un vaso de cristal, y en un rincón dos velas casi aplastadas y un candelero de dos brazos. Todo este desorden parecía efecto de una lucha violenta.

El marqués tenía treinta años; su rostro varonil y agradable, estaba contraído y pálido. Vestía el mismo traje de la vispera, aunque sin corbatín, con el chaleco destrozado, y la camisa rota y salpicada de sangre: sus cabellos por lo común rizados, pendían sobre su lívida frente lacios y en desorden. Después de pasar un rato con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y la vista fija y encendida, paróse de repente ante la chimenea, cuya lumbrera estaba muerta á pesar del intenso frío que hacía. Tomó de encima de ella la carta fatal, y á la descolorida luz de aquella mañana de invierno devoró otra vez su contenido. « Mañana á la una de la tarde vuestra consorte irá á la calle del Templo n.º 17 á una cita amorosa. Seguidla y lo sabréis todo. »

Á medida que iba repitiendo estas palabras mil veces leídas y vueltas á leer, sus labios azulados por el frío parecían que deletreaban convulsivamente aquel funesto anónimo.

En tal instante se presentó un ayuda de cámara ya entrado en años, con cabello cano y honrado y bondadoso aspecto. El marqués volvió la cabeza sin variar de posición, siempre con la carta en la mano: ¿ Qué quieres? dijo con aspereza al criado.

— Éste lejos de contestar, contemplaba con aire de estupor doloroso el trastorno del cuarto, y luego mirando fijamente á su amo, exclamó: Tenéis